La muerte de José Pedro Cardoso, presidente del Partido Socialista y fundador del Frente Amplio, deja un legado arduo e ineludible a las fuerzas progresistas y a la izquierda: el de su ejemplo.

JOSÉ PEDRO CARDOSO

El homenaje pendiente

SAMUEL BLIXEN

CONFIRMANDO UNA CERTEZA que se adjudica a los políticos por la propia índole de su actividad, ya que de alguna manera la actividad está ligada a un interés común, a los 93 años la capacidad física de José Pedro Cardoso era tan precaria como lúcida, firme y potente era su capacidad intelectual. Su cuerpo se había consumido, doblegado por laceraciones que soportaba desde hacía mucho tiempo. Su voz era apenas un hilo y su delgadez era casi transparencia; había una debilidad acentuada por años de lidiar con un aparato digestivo casi inexistente, que lo obligaba a comer en muy pequeñas cantidades y con una alta frecuencia, y a consumir permanentemente azúcar para prevenir descompensaciones. Su corazón, finalmente, era un reloj que marchaba a los saltos.

Restringido el horizonte de su actividad, Cardoso se había limitado, con la disciplina del médico que se ausculta a sí mismo, a lo esencial: la lectura, la reflexión llevada al papel y una docencia para la que no existe título: la de la ética política. Y había abandonado, muy a su pesar, el rito, transformado en leyenda, de participar puntualmente de las reuniones del Comité Ejecutivo de su partido. Este hombre reconocido por su tacto, por su dulzura, por la constante de la sensibilidad y la tolerancia en las relaciones humanas podía –debía– ser duro, inflexible, en determinadas ocasiones. Sus compañeros de partido tuvieron una prueba de ello no hace más de un mes, cuando tomó el teléfono para poner los puntos sobre las íes en un episodio doméstico. Había sido la prueba de que su aislamiento físico no condicionaba su forma de ser, que permanecía inalterable.

Y esa anécdota era la que atesoraban sus compañeros más cercanos de militancia, con intenso cariño en medio del dolor, cuando comenzaron a congregarse en el atardecer del lunes 7 en la Casa del Pueblo, a medida que se difundía la noticia: el presidente del Partido Socialista había fallecido en horas de la tarde, después de una internación de una semana en el sanatorio de la Asociación Española. De alguna manera el desenlace temido era aguardado como fatalidad. La vieja casona de la calle Soriano fue inundándose con un sordo rumor vergieron para un último adiós. Entre aquellas paredes llenas de historia, inundaba la historia de este hombre que fue –y seguirá siendo– parte esencial, indisoluble, del desarrollo del Partido Socialista del Uruguay, prácticamente desde sus orígenes, en los tiempos tumultuosos y fermentales de la Tercera Internacional.

Nada de la vida de José Pedro Cardoso podía ser novedad para los socialistas que, junto a muchos que no lo son, ya en la noche desbordaban la Casa del Pueblo. Viejos militantes de vieja pasta, inclaudicables en su fidelidad a una idea y a una forma de hacerla realidad, anónimos militantes acostumbrados a reconocerse en la humildad política transformada en credo, apelaban al silencio ante la estatura del hombre que se ausentaba sin abandonarlos.

En este Uruguay fin de siglo, posmoderno y pragmático, no son muchos los que conocen, tienen presente y se sienten interpelados por la figura de Cardoso. Porque Cardoso no es de este tiempo, no cabe en los moldes de nuestro presente; es hombre de un tiempo futuro, aún por hacer, en un destino sin duda inevitable, porque el germen está impreso en la práctica dilatada, generosa, coherente, que puede rastrearse a lo largo de la historia nacional en todo un siglo.

Cardoso saltó al protagonismo de los socialistas cuando en tiempos pretéritos los acontecimientos pusieron a prueba las ideas, de la misma manera que lo hicieron, casi calcado, como sujetos al devenir circular de los otros orientales, medio siglo después. El golpe de Terra del 33, la Guerra Civil Española y la Segunda Guerra Mundial plantearon la necesidad de definir la estrategia: la contradicción principal ¿era fascismo-socialismo, o fascismo-democracia? La posición de Cardoso fue decisiva en la definición del Partido Socialista a mediados de los años treinta, como lo fue, medio siglo después, cuando el rescate de la democracia basculaba entre la confrontación y la negociación. La opción por la alianza de las fuerzas progresistas –en un Frente Popular que nunca llegó a plasmarse por la mezquindad de otros protagonistas– ha sido definitivamente convalidada por la historia; en cambio, la proximidad de los acontecimientos imprime todavía una cuota a veces irracional de polémica en la valoración del crucial episodio del Pacto del Club Naval, del que Cardoso fue una pieza decisiva.

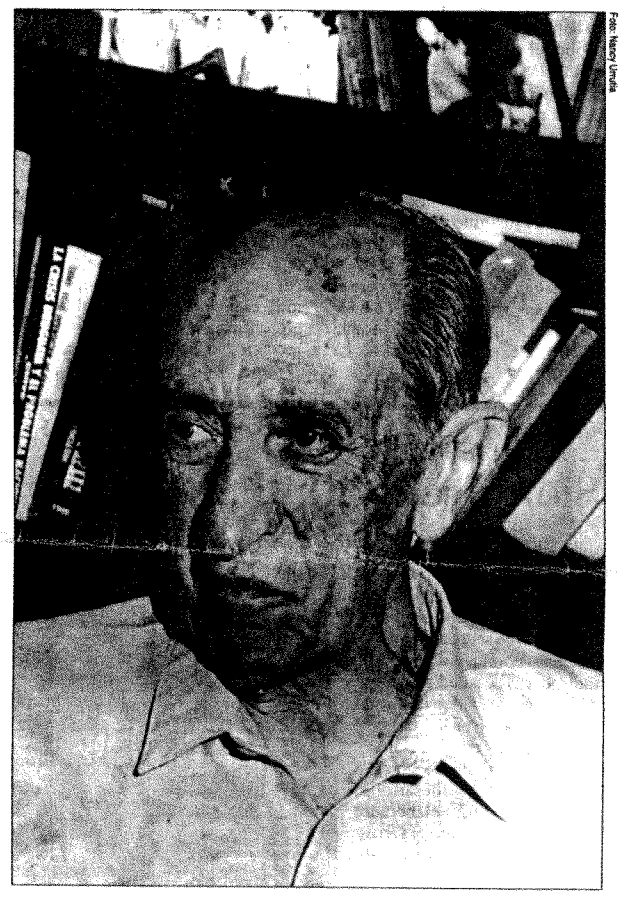

Foto: Nancy Urioste

Los dos episodios registran una coherencia en el pensamiento y la acción de Cardoso, que mucho tiene que ver con esa su humana visión del movimiento social, esa convicción irrenunciable a limitar el sufrimiento siempre que el sufrimiento, la renuncia, la entrega, no fueran exigencias fundamentales para los objetivos y los principios. Se trata, de todos modos, apenas de dos episodios en una trayectoria forjada por hitos trascendentes, que son a la vez causa y consecuencia: la fundación de la Asociación de Estudiantes de Medicina, la militancia por el cogobierno universitario, la creación de la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay; la actividad parlamentaria primero en Diputados y después en el Senado; la batalla diaria por la sanción de una legislación que defendiera los derechos obreros y los intereses de la población más desprotegida del medio rural; la solidaridad con la revolución cubana; la fundación del Frente Amplio; la militancia en apoyo de la revolución sandinista; la clandestinidad durante la dictadura reafirmando la existencia del Frente, sosteniendo la resistencia popular; el diálogo abierto con otras fuerzas políticas que desembocó en la Multisocial y la Multipartidaria, en el "río de libertad" de noviembre de 1983, en la concertación de 1984, en la negociación por la salida institucional. Y mientras tanto, su entera dedicación al Partido Socialista, a la actividad docente, a la práctica de la psiquiatría. Todo ello determinado por su formación socialista, por su opción revolucionaria, y también por sus cualidades morales y éticas. Ellas fueron las que llevaron a los comunistas a depositar en un socialista la representación en la Mesa Ejecutiva del Frente Amplio durante la clandestinidad. "*La estatura ética es la cualidad más sobresaliente de este hombre sobresaliente*", diría el diputado Guillermo Chifflet cerca de la medianoche del lunes, cuando la congoja hinchaba las paredes de la Casa del Pueblo.

El homenaje, sin excepciones, unánime, circuló en las siguientes 24 horas, mientras el cuerpo de Cardoso era velado primero en la casona de la calle Soriano, después en la sede central del Frente Amplio y finalmente en el Palacio Legislativo antes del sepelio, la tarde del martes, en el cementerio del Buceo. Julio María Sanguinetti haría un reconocimiento público a la figura de Cardoso, con quien el presidente de la República compartió las negociaciones frente a los militares para concretar la salida institucional.

El verdadero homenaje estuvo, realmente, en el piso descarnado, en las paredes austeras, en la uniforme pobreza del salón de la Casa del Pueblo, donde el féretro permaneció durante toda la madrugada, y ante el cual socialistas y no socialistas dieron su último saludo. El escenario era el adecuado para la forma de ser de Cardoso, el escenario de su vitalidad consagrada a lo esencial, a lo importante; un escenario de íntima sencillez acorde con su forma de ser, con sus opciones. El entorno dimensionó el saludo del secretario general del Partido Socialista, Reinaldo Gargano: "*Gracias, José Pedro, por haber vivido*".

Con la ida de Cardoso se pierde la expresión viviente de un tipo de hombres que es difícil encontrar en el Uruguay de hoy. Hombres de una integridad que no es sólo la suma de sus actos trascendentes; integridad que deviene de un contexto histórico. Como la historia es irrepetible, podría afirmarse que no es dable esperar que las circunstancias plasmen hombres de ese calibre; y descansar, así, en la facilidad de un imposible. Creo que eso es falso: los hombres son hechos por las circunstancias y también por su propia determinación. Y el futuro requiere de otros Cardoso. Es indispensable que así sea. De ahí que el mejor homenaje a esta figura excepcional esté aún por venir: se concretará el día que se recoja, en la práctica, su ejemplo, la enseñanza de su vida impermeable a las seducciones, de cualquier tipo, que degradaran los principios.

Es tal el peso de su personalidad, la orientación que emana de su conducta, que quizá su muerte, con la carga de recuerdos y repasos de su ejemplo, imponga ese homenaje; y allí donde estuvo el centro de sus preocupaciones y de sus esfuerzos: en el campo popular, en la izquierda, y en su síntesis, el Frente Amplio. Quizás allí la ausencia de Cardoso tenga la virtud de recrear la tolerancia, la fraternidad, la solidaridad, la unidad, y forje la efectividad madura, responsable, para acometer las tareas por las que él vivió. Y sepulte los infantilismos de los que se benefician sólo los que están en la otra vereda.

Ese homenaje no es imposible. ■

Correos del Uruguay - Permiso 802 - Impresos de interés general / Correos del Uruguay - Franqueo a pagar - Cuenta Nº 46